

CIENCIA FICCIÓN

Gabriel
Bermúdez Castillo

EL HOMBRE ESTRELLA

En aquel planeta no podían aterrizar hombres, los mataban.



En «El Hombre Estrella» se plantea el problema de un planeta lejano, completamente desconectado del planeta madre, la Tierra, donde, por diversas circunstancias se ha formado una sociedad con un predominio sexual, físico y comercial de la mujer sobre el hombre. Unido esto a las duras circunstancias de ese mundos, cuyos continentes se ven a veces sometidos por verdaderas invasiones de insectos monstruosos, hacen que el protagonista, un hombre fuera de serie, un hombre estrella, tenga que enfrentarse a un medio y a una civilización despiadada y violenta.

MUERE JUANA LA NEGRA

Un fuerte tirón despertó a Tom Mumford. Se incorporó a medias, aún en las brumas del sueño, revolviéndose entre las sábanas de su cama.

El rostro contraído de Giovanna le miraba desde muy cerca. Pudo ver Tom una expresión inesperada en los rasgos de aquella mujer con la que había vivido siempre; una expresión que congeniaba difícilmente con el duro carácter de la que decía ser su madre.

—Bueno... —dijo ella con voz baja y bronca—. Ya ha llegado, Tom, hijo mío. Me han metido un balazo cerca de los almacenes del puerto... Y esta vez va en serio.

La luz del día naciente se reflejaba con suavidad en las altas paredes de cuarzo rosa; rielaba en el gran espejo de Tom Mumford (traído por su madre con muchos esfuerzos); se reproducía en los frascos y vasos del bar, sobre la pequeña cocina. Estaba amaneciendo.

Pero para Giovanna *la Nera* (y ella lo sabía bien) era el último amanecer.

Sobre su blusa oscura se destacaba un gran manchón pegajoso, no muy lejos del corazón. Tenía las manos manchadas de sangre y el rojo líquido había embadurnado su cinturón, los cartuchos de metal dorado en sus pequeñas fundas, y hasta la culata de su pesada pistola.

—¡Ayúdame, maldito!

Con un gemido, Tom Mumford se incorporó, salió, casi desnudo, de la cama y ayudó a su madre a llegar hasta uno de los sillones. Giovanna se derrumbó allí, comprimiéndose

el costado con las dos manos. De la juntura de los dedos surgían delgados hilos de un espeso púrpura.

Tuvo un par de toses espasmódicas. Un hilo de sangre se deslizó desde la comisura de sus labios.

—Se acabó, Tom, se acabó lo bueno. Tendrás que marchar de aquí, y que la Señora se apiade de tu cuerpo... De tu alma, no. De tu alma no hace falta, porque con lo tonto que eres, más vale que la dejen en paz. Pero de tu cuerpo, sí... ¡maldito Tom! Porque si no... van a hacer lo que les dé la gana con él... ¡Condenada y maldita sea la Administración!

Rugiendo, Giovanna se arrancó la camisa, quedándose desnuda de cintura para arriba. Tenía unos senos grandes y caídos, y bullones de carne sobrepasaban el ceñido cinturón de cuero negro. A la altura del hígado, un poco más arriba, había un agujero de feo aspecto, ennegrecido en su centro y rojo blanquecino en los bordes, del cual se desprendía a golpes un espeso humor rojo.

Tom no dijo una sola palabra. Sentía los ojos secos y una total carencia de dolor.

El rostro de su madre se hizo repentinamente más pálido. Se afilaron sus rasgos, un poco brutales (la nariz, chata y de grandes ventanillas, se agudizó; los gruesos labios se tornaron incoloros; los ojos grises y sin expresión se volvieron vacuos). El cuerpo se desmadejó en el sillón.

Movió débilmente una de las enormes manos callosas... un residuo de su trabajo en las fundiciones, como había dicho mil veces.

—Cuando te tuve... —borboteó, entre dos sacudidas del torso—... cuando te di a luz... bueno; no pensé más que en huir. No quería que te pasase como a los demás. La Administración, como cosa muy buena... los barrios de placer, en el peor de los casos. Ni pensar en un buen matrimonio... Yo sé, Tom, yo lo sé, lo que hemos hecho todas con los hombres de la Administración... Pero no eres feo, hijo

mío... no lo eres, y quizá consigas una mujer que te respete...

Tom, silenciosamente, comenzó a vestirse. Se colocó los anchos pantalones floreados hasta media pantorrilla. Luego se puso un forro de color castaño, antes de endosarse la blusa transparente, con volantes en hombros, costura de las mangas y bocamangas. (¡Y qué escándalo había armado Giovanna una vez que se la puso sobre la carne, transparentándose, sin utilizar el forro pardo! ¡Qué gritos, qué desmelenarse, qué insultos!)

No; no la amaba, aunque fuera su madre. Le había llevado allí, a las cavernas de cuarzo rosa, a mil millas o quizá mucho más de la civilización, para salvarle de unos peligros que, tal vez, sólo existían en la imaginación de Giovanna *la Nera*. Le había atendido bien, llevándole trajes hermosos, ligeros afeites, libros... y hasta revistas (aun cuando hubiera jurado que estas últimas las traía para ella misma). Pero había tomado una resolución por él, sin dejarle tomar resoluciones por sí mismo, sin permitirle enfrentarse a esa desconocida Administración, a las gentes de San Cataldo o a la civilización en general.

Y ahora, Juana *la Negra*, después de uno de sus asaltos, tras recibir un disparo en mal sitio, estaba agonizando.

—¿Café, madre?

—No... Dame coñac.

Sin replicar, Tom le alcanzó el frasco de plata en que ella gustaba de beber a gollote, derramándose el pastoso licor sobre el cuello y el principio de los pechos. Con finura, Tom había intentado que bebiera en vaso, obteniendo solamente una retahíla de insultos, y la soez afirmación de que esas cosas no eran para ella, «una vulgar obrera de la fundición... aunque quizá lo sean para ti más adelante, con el camino que llevarás... pero no mientras yo viva».

Se derramó el licor sobre el desnudo cuerpo de Giovanna, mezclándose con la sangre y el frío sudor que la invadía.

—Escucha —dijo ella—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Coge la nave... aunque la llevas muy mal, y vete siempre hacia el este, hacia la salida del sol... Llegarás a San Cataldo, y una vez allí...

Sorprendentemente, un sollozo hizo temblar el robusto cuerpo de Juana *la Negra*.

—Una vez allí, haz lo que quieras... Ve a la Administración, busca una protectora o suicídate... Yo no puedo hacer más por ti.

Hubo un brusco cambio en la expresión de la mujer.

—¡Cariño, hermoso mío! Con lo que yo te he querido siempre... Y perderte ahora... ¡Mi cielo, mi hijo, pedazo de mi ser...!

El frasco de plata resonó argentinamente al chocar con el suelo. El escaso coñac restante se derramó en boqueadas sobre el pavimento.

—¿Mamá...? ¿Mamá...?

No pudo contener Tom unas lágrimas al comprobar que Giovanna había hablado por última vez. Intentó en vano levantar el cuerpo para colocarlo en su lecho; le fue imposible: pesaba demasiado.

Durante un buen rato permaneció inmóvil, viendo cómo los rayos del sol iban deslizándose dentro de la caverna. Después cerró los ojos de la muerta, y se levantó. Todos los recuerdos de su vida se habían borrado; en vano intentaba resumir aquellos diecisiete años pasados en la caverna, desde que comenzó a darse cuenta de las cosas, hasta que poco a poco su cuerpo fue cambiando y con ello el humor de su madre.

Era preciso partir; abandonar a Giovanna, los libros, el almacén, la mayor parte de sus trajes y zapatos, los perfumes, la cocina... todo. Era preciso enfrentarse a San Cataldo y al mundo desconocido que le aguardaba muy lejos.

Musitó una oración a la Señora, en recuerdo de la muerta. Y con los ojos secos, empaquetó sus trajes más bonitos, sus mejores zapatos, y algunas cosas sueltas de tocador.

Después se encaminó a otra de las cavernas, donde reposaba la navecilla gris, de dos plazas, que mucho tiempo antes les trajera a ambos (él, recién nacido; Giovanna, mucho más joven y más energética) a las cavernas de cuarzo rosado.

Y después, cuando se vio sentado en el sitio de su madre, ante los diales, las palancas, los botones y las pantallas de la aeronave, los recuerdos afloraron como una avalancha.

La caverna de cuarzo rosa

Era grande, prácticamente interminable. Habían vivido allí siempre, desde que Giovanna le llevase para no entregarle a la desconocida Administración. Grutas de distintos tamaños se enlazaban entre sí, y la boca principal se abría en un acantilado a más de trescientos metros de altura.

Abajo, a gran profundidad, había un valle por cuyo centro corría el delgado hilo de plata de un arroyo, seguido y bordeado, en sus riberas, por espesas matas de cintajos verdes. Algún animal surgía de las frondas, bebía en el arroyo, perseguía o era perseguido por otros, ganaba o perdía, vivía al fin, o moría para servir de alimento. Giovanna *la Nera* nunca quiso que bajasen al valle.

En una gruta estaba la alcoba, con muebles que ella fue robando. En otra, el hangar del aparato aéreo, con su panza gris, sus propulsores de latón y su carlinga cubierta por una burbuja transparente, todo ello alzado sobre tres patas delgadas, tres patitas de insecto. En otra caverna, el almacén... (cajas de conservas, barrilitos de ron, envueltas de trajes... medicinas, pastillas de combustible para la cocina, cartuchos de monedas, cargadores para la pistola... en suma, mil y una cosas diferentes).

Al amanecer, el sol se deslizaba en el interior, y el cuarzo rosa se volvía translúcido, reflejando en un millón de chis-

pas el prodigio de la luz solar.

Las ausencias; los regresos

Con frecuencia, Giovanna se iba tripulando la aeronave. Volvía cargada de cajas, sudorosa, relinchando mil amenazas. A veces sus frases eran incomprensibles.

—Me he beneficiado un mozo estupendo en lo del Puerto B. En casa del viejo Geroldo. Bueno; tú no debes escuchar esto... tú lo que tienes que hacer es no dejar que nadie se te tire jamás.

¿Qué era mejor, las ausencias o los regresos? Las ausencias daban a Tom tranquilidad y ocasión de explorar las cavernas, y también de leer libros y hasta de ver aquellas revistas que su madre escondía tan cuidadosamente. Los regresos traían siempre novedades; blusas hermosas, música en *cassettes*, nuevos libros, comida distinta... y, al mismo tiempo, el creciente mal humor de Giovanna *la Nera*.

Los libros

A duras penas había conseguido Tom aprender a leer. Ni Giovanna *la Nera* era el mejor profesor del universo ni él un alumno demasiado interesado. No obstante, a fuerza de golpes en los nudillos, consiguió deletrear primero, y leer después.

Los libros no eran muchos, y todos muy feamente impresos. No tenían un solo grabado, como las revistas, y su texto era, en general, árido y sin interés. Al principio, ponía en la primera hoja lo mismo: «Ésta es una edición de la *ditta* Assunta Vallone. San Cataldo, año 426. Continente R.»

—¡Puerca miseria! —aullaba Giovanna—. Lee de una vez o serás un inculto, un andrajoso...

Y leía. *Aventuras de una yanqui de Connecticut en la corte de la reina Guenever*. Casi incomprensible, con mujeres que corrían de un lado para otro, caballos (fuera eso lo que fuere), y un desorden final en donde todo se hundía. Autor: M. Twain, de la que nada se explicaba. *Mujer citas*, de Luisa May Alcott. La situación de cuatro damas que se quedaban en una ciudad mientras las demás iban a la guerra, y ninguna de las cuales trabajaba, por lo que pasaban apuros horribles, de los que eran socorridas por otras señoras que vivían en frente. Poco a poco, las cuatro iban casándose con hombres guapos (uno para cada una). *La isla misteriosa*, de Julia Verne. Aventuras de cinco náufragas en una isla terrestre (así lo indicaba un breve prólogo) luchando con la naturaleza, y hallando al final a una capitana de astronave escondida en una caverna...

¿Para qué seguir? Los libros pesaban como ladrillos en el ánimo de Tom, y no era lo de menos su fea impresión, que parecía hecha por ordenador, con unas letras formadas por puntos, sobre un papel basto a franjas de colores.

Las revistas

Esto sí que fue un gran hallazgo, aun cuando a Tom le costó un gran disgusto cuando Giovanna le descubrió con ellas en las manos.

No eran más que media docena, y su madre las tenía cuidadosamente escondidas en la guantera de la aeronave. Las halló por casualidad y recibió un fuerte impacto cuando las vio. Quizá por la novedad, quizá porque su edad en aquel momento (casi dieciséis años) era la oportuna, o quizá por saber que eran fruto prohibido.

Los títulos parecían no tener sentido: *Los perseguidos*; *Los locos de la noche*; *Sexo y vanidades*; *Hombres de ensueño*. Al contrario que los libros, estaban editadas en un majestuoso papel couché, a todo color, y fuerza era decirlo... con todo detalle. En letras pequeñitas se leía lo mismo que en los libros: «Ediciones Assunta Vallone. San Cataldo. Todos los derechos reservados». Y en la tapa, con letras más grandes: «Prohibida su venta a las menores de doce años».

Las láminas mostraban exclusivamente hombres desnudos o semidesnudos, en las más diversas posturas, que, más tarde, Tom habría definido como eróticas o pornográficas. La cámara prestaba singular atención al pene, a los pechos de los hombres, y frecuentemente a sus piernas. El color era bueno, y los enfoques, realistas. Los comentarios eran sabrosos: «Aquí tenemos a nuestro amigo Coronelo, que hace ostentación de unos atributos que para sí quisieran muchas de nosotras. ¿A que todas soñamos en una compañía semejante para las noches de invierno? Me dicen de redacción que, aunque fuera verano, sería igual. Verdaderamente, en invierno o en verano, lo que Coronelo nos enseña podría volver loca a una santa». Tom comparó, y sacó la conclusión de que el célebre Coronelo no enseñaba nada que él mismo no tuviera, e incluso que lo tenía mejor y más grande, si le apuraban.

Otro comentario, esta vez referido a un elemento denominado Assinio y que lucía como adorno singular un par de delgadas anillas de oro en los pezones. «Assinio es atrevido y sólo espera cosas de las más atrevidas de vosotras. Claro que ninguna podréis alcanzarle, porque Assinio es plato reservado a quien pueda darle el nivel de vida que necesita. ¡Es superlujoso, el bueno de Assinio! Necesita una dama que le cuide, le atienda, le suministre lo mejor... y sólo a cambio de eso os dejaría tirar un poquito... ¡sólo un poquito, eh!, de sus adornos pectorales. Hay a quien vuelven lo-

ca ese par de ajorcas en sus... eh... triunfos. Y daría cualquier cosa por tenerlas entre los dedos, ¿verdad?».

En una sola de las revistas había escenas mixtas entre hombres y mujeres, y esto sí que excitó verdaderamente a Tom. Sabía el muchacho, por los artículos de estas revistas porno, lo que era excitación, y dónde y cómo se manifestaba. ¡Santa inocencia! Pero los cuerpos de las mujeres, a pesar de ser de escasa calidad, le excitaron. Y eso que en general eran feas, delgaduchas y sin gran cosa que ver. ¿Acaso el editor no había encontrado nada mejor... lo mismo que sí había encontrado hombres de excelentes condiciones?

—Andrajoso, ¡puerco! ¿De dónde has sacado esas porquerías? ¡Dámelas ahora mismo!

«Y si son porquerías... ¿por qué las ves tú, mamá?».

Los cambios físicos

Al principio fue solamente el pelo, que nacía en sus axilas, en sus ingles, y después en su pecho. Lo comunicó, inocentemente, a su madre, temiendo que fuera una enfermedad, y sólo obtuvo un gruñido y una referencia, salpicada de juramentos, a la maldita Administración.

Después, el pene. Aquel órgano tipo manguera, del que sólo había creído que sirviera para orinar, empezó a efectuar, por su cuenta y riesgo, experimentos inesperados... Por primera vez, Tom cogió el diccionario enciclopédico que se cubría de polvo en la caverna-biblioteca, y trató de desentrañar el misterio leyendo todo lo referente a la anatomía humana. Sabedor de que estos cambios sentaban mal a su madre, se abstuvo de comunicarle nada acerca de las tumescencias nocturnas y de las súbitas explosiones que le dejaban descansado.

Ella, sin embargo, percibió algo.

—No, sinvergüenza —dijo—. Si por ahora no vas a tener que tomar enderezador... o vino de rosas, como dicen esas señoras tan finas de la Junta de las Nueve.

En resumen, la cosa era un poco molesta, difícil de colocar y excesivamente húmeda en alguna ocasión. Peor fue cuando los cambios se simultanearon con las revistas y Tom, oscuramente, presintió que los cambios, las mujeres, Coronelo, los hombres de ensueño, los perseguidos de la noche, y toda aquella faramalla eran cosas que estaban muy relacionadas entre sí. Entonces, a falta de otra decisión mejor, entendió que el objetivo de su vida sería (cuando Giovanna *la Nera* dejase de ser un obstáculo entre el mundo exterior y él) aparecer en una de aquellas revistas, con un bonito nombre, deseado, codiciado, y objeto de hermosos comentarios, como Assinio, Coronelo, Nicoletto y tantos otros.

TOM HUYE HACIA LA CIVILIZACIÓN

Estaba cayendo la noche, y Tom no hubiera pensado nunca que su madre se hubiese apartado tanto de los lugares habitados. Hacía horas que la navecilla gris, torpemente manejada por sus marfileñas manos, volaba a baja altura hacia el este, hacia el nacimiento del sol...

Sin embargo, era lógico. Giovanna *la Nera*, cuyo cadáver olvidado yacía, silencioso y frío, en la caverna de cuarzo rosado, era una fuera de la ley. No podía vivir cerca de la civilización, donde la hubieran capturado rápidamente.

Pasaban bajo la aeronave, que trazaba raras curvas en el aire oloroso de este mundo, desfiladeros sin cuento, montañas humeantes, desiertos de arena rojiza. Y nada aparecía en lontananza.

El sol se ocultó rápidamente tras el horizonte, después de tangentearlo y lanzar un haz de rayos cobrizos. En el cielo brillaba una pequeña luna azul, la lunacapri, y todavía no había aparecido la gran luna amarillenta, la lunagialla.

La navecilla continuaba su veloz viaje, con Tom aferrado epilépticamente a los mandos, y el salpicadero relumbrando tenuemente en medio de la penumbra de la carlinga.

El disco de la lunagialla comenzó a aparecer tras las negruras del horizonte, marcando su gran curva de pergamino sobre las sombrías líneas de las cordilleras.

¿Eran luces? ¿Podían ser luces aquello que se divisaba a lo lejos? Ya era hora, realmente. El cuentamillas parcial de la aeronave marcaba como recorridas mil seiscientos trece,

espacio más que suficiente para que una fuera ley se escondiera de las fuerzas del orden.

Sí; eran luces. Pero no era momento de dudar. Con un gemido, Tom pasó al máximo la palanca de velocidad, aun a sabiendas de que eso podía representar el estrellarse contra la primera colina. El disco gigante de la lunagialla crecía. La luminosidad amarillenta iba invadiendo los alrededores, y bajo ese enorme farol de pergamino dorado, Tom pudo ver unos campos cultivados, unas pequeñas edificaciones situadas a igual distancia unas de otras y, más a lo lejos, entre la bruma del anochecer, unas hileras de luces difuminadas.

«San Cataldo», pensó. Y tal vez no se equivocaba.

Pero se había distraído. La aeronave picaba velozmente hacia el suelo, y con un gemido de espanto, Tom trató de dominarla. Crecían los campos, bajo la intensa luz dorada de la lunagialla, ya completamente emergida del horizonte, mostrando largas hileras de árboles, cuadrados de cultivos, canales de regadío donde seguramente burbujeaba un agua espesa, y también los diminutos edificios rectangulares, aspillerados y macizos.

Vio unos grandes animales, violetas bajo la mezcla de la doble luz lunar. Corrían entre las pequeñas fortalezas, y eran grandes, de temible aspecto. Tenían tres cuernos en la frente, y el cuerpo, acorazado de escamas. Una hilera de dientes córneos surgía de su dorso. Pequeñas figuras, armadas con rifles, disparaban contra ellos desde el campo abierto, desde las aspilleras de las fortalezas. Las bestias pateaban los campos, aunque iban cayendo, poco a poco, bajo el mortífero fuego de las pequeñas figuras.

En vano Tom intentó enderezar la nave. Ésta se deslizó, abriendo las capas de la atmósfera con un flamígero rasgar, y se arrastró, dando saltos, y trompicando, sobre una colina llena de matojos ásperos, no lejos de una de las pequeñas edificaciones aspilleradas. El último recuerdo de Tom, antes de perder el sentido, fue cómo se le venía encima un tron-

co de árbol, y la luminosidad mate de los diales y los indicadores.